

Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En consolar á su hija,
Mas ella en don Felix fija
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,
Al pié del cerro vecino
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Continuamente sentada

En la pradera florida
Donde le vió á su partida
Por la postrimera vez.
Y el desdichado Robleda
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inextinguible dolor.
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto
 Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del sol cubriendo los rayos
Tras de su cortiná lóbrega,
Del arroyuelo á la margen
Está la infeliz Aurora
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada
Aunque atractiva y hermosa,
Piensa en que el año se cumple
Y su don Felix no torna.
¡Un año! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año vá á hacer que ausente
Del dulce sueño que adora,
Aun de su vuelta conserva
Una ilusion mentirosa.
Aun sale todas las tardes
A contemplar á sus solas
La senda por dó solia
Bajar por entre las rocas.
Aun vuelve los tristes ojos
Con esperanza engañosa
Creyendo verle á lo léjos
Doblar la empinada loma,
Mas nunca llega don Felix;
Jamás amiga persona

Trae carta ó noticia suya
A la enamorada Aurora.
Y ella sin embargo espera,
Mas ¡ay! esperanza loca
El año entero se cumple
Y su don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,
Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.
No es ilusion esta vez;
Un bulto de humana forma
Es la aparicion. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
Su nombre, su sér, su historia.
Y en tanto descende al valle
La aparicion venturósa
Que es un viejo peregrino
Con su bordon y sus conchas.
Agil y récio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas

Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz majestuosa,
Vaga sonrisa en los labios
Mirada escudriñadora.
Tal era aquel extranjero
De cuya agradable boca,
Oyó Aurora un «Dios te guarde,»
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesía
Con un «vengais en buenhora.»
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa
Trabando entrambos á poco,
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.
¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima,
Pobre niña?

AURORA.
—Ya lo veis,

Llorar.

EL PEREGRINO.
¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.
Mis desventuras, señor.
EL PEREGRINO.
¿Tan jóven y ya te acosan
El corazon las desdichas?

AURORA.
Cada dia se redoblan.
Mas perdonadme extranjero
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venis de Francia?

EL PEREGRINO.
Es mi patria.
AURORA.

EL PEREGRINO.
¿Y la habeis andado toda?
EL PEREGRINO.
Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.

¿Mas qué te suspende niña?
¿Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa...

AURORA.
No la tengo
EL PEREGRINO.
Algun hermano...
AURORA.

Tampoco.
EL PEREGRINO.
Alguna persona
Querida... Tal vez la misma
Ocasion de tus congojas.

AURORA.
Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
De mi no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.
¿Un hombre?
AURORA.

Si.
EL PEREGRINO.
¿De española

Sangre nacido?
AURORA.
En sus reyes
Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.
¿Pasó á Francia?
AURORA.
Por mi culpa.

EL PEREGRINO.
¿Le amabas?
AURORA.

Mucho.
EL PEREGRINO.
¿Y se nombra?

AURORA.
Don Felix es de Aracena.

EL PEREGRINO.
¿Altivo?

AURORA. Y las montañas desploma.
 Y galan. AURORA.
 EL PEREGRINO. Basta, peregrino, basta,
 ¡Dichosa Que siento que sangre brotan
 La mujer que para suya Las mal cerradas heridas
 Tan buen caballero escoja! Que mi corazon destrozan.
 AURORA. ¿Con que me olvida?
 ¿Le conoceis? EL PEREGRINO. Lo ignoro.
 EL PEREGRINO. Si por cierto, AURORA.
 Que es conocerle gran honra. ¿Mas no sabeis?....
 AURORA. EL PEREGRINO. Que ama á otra.
 ¡Hablad por Dios! EL PEREGRINO. AURORA.
 La fortuna ¡Triste de mí! Si él me falta
 Le acude con mano pródigo. Todo lo demás me sobra.
 Mas liberal cada dia, Y á estas palabras sintiendo
 De dicha y de honor le colma. Que las fuerzas la abandonan
 La Francia entera le aplaude, EL extranjero los brazos
 Y vá su nave orgullosa Tendió á la infeliz Aurora.
 Por el mar de los favores Cayó sin sentido en ellos
 Navegando viento en popa. Y él blandamente dejola
 El sábio rey Luis Onceno De la florecida yerba
 Con ciega pasion le adora; Sobre la mullida alfombra.
 Y el príncipe sin empacho
 Le admite en su misma alcoba;
 Con ellos á caza sale,
 Gran fama con ellos goza
 De entendido y de valiente:
 Y aunque parezca lisonja,
 No fué mejor caballero
 Con el rey Luis á Borgoña.
 AURORA. Cuando tras breve desmayo
 La niña á vida volvió,
 Tendió desatentada
 Los ojos en derredor
 Y del arroyo á la márgen
 Cuando sola se encontró,
 —«Sin duda, dijo, he soñado,
 »Así sea, ¡plegue á Dios!
 »Que á ser realidad, con ella
 »No pudiera el corazon.
 »Si, sueño fué: el peregrino
 »Que tales nuevas me dió,
 »De mi loca fantasia
 »Fué no mas una ilusion.
 »Si, todo ha sido un ensueño
 »¡Mas cuánto me atormentó!»
 EL PEREGRINO. En tanto avanzaba el lóbrego
 Nublado amenazador,



Y ya á lo léjos se oía	En la azulada region,
De trueno el cóncavo son.	Y á la impetuosa tormenta
Zumbaba el viento arrastrándose	Precediendo sin temor,
En torbellino veloz,	Giraba en círculos sesgos
Mas sin templar de la atmósfera	Graznando en áspero son.
El hálito abrasador.	La senda con lento paso
Caían de cuando en cuando	De su alquería tomó
Precursoras del turbion	Aurora, saliendo apenas
Anchas y redondas gotas	De su honda enajenacion,
Que se tornaban vapor :	Y por la arenosa márgen
Y amedrentadas las aves	Del arroyo saltador
De abrigo preciso en pos	Hasta el umbral de su puerta
Cruzaban el aire denso	Meditabunda llegó.
Sin segura direccion.	Allí arrancando un suspiro
Solo el salvaje milano	Del fondo del corazon,
Con vuelo fascinador	¡Qué hará don Felix!— Se dijo,
Suspendido se cernia	Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manias,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.
Sueño no mas creyendo al peregrino
Creia sin embargo en la firmeza
De don Felix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.
¡Tal es nuestra locura!
Nunca creemos mas de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura :
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.
Mas si dulce ilusion blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusion santa.
Asi pensaba Aurora
La vuelta de don Felix esperando

Fiada en su palabra engañadora ;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba ,
Mas siempre en la fortuna ,
La fama y los honores que adquiria
Creia sin cesar , sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasia.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afan sentada
Por la senda tendia
La vista enamorada
Creyendo que don Felix volveria.
Embebida en tan dulces pensamientos
Una tarde de julio calurosa
Descansaba la niña fatigada
Del arroyo á la márgen arenosa :
Los ojos en el cielo
En lágrimas de amor humedecidos
Distraida fijaba
Sin fe ni objeto por su azul perdidos.
La imágen de don Felix
Mas que nunca amoroso ,
Mas que nunca galan veia acaso
Que á su valle volvia
Con ciego amor y presuroso paso.
Y ella ufana á su vez con su hermosura
Los brazos le tendia.
¡Mas ay que la vision nunca venia!
Siempre , sí , de sus bellos pensamientos
La efimera ventura
Deshacia de un soplo
Su secreta y fatidica amargura.
Siempre se hundian sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas , y al cabo
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir... y no veia
Mas esperanza que la tarda muerte,
¡Pesadilla fatal que la oprimia!
Y aquella bienandanza
En que soñó á don Felix, la privanza
Que en Francia con el principe gozaba ,
Todo cuanto la dijo el peregrino
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinion sueño y mentira ,
Todo ilusion de su alma enamorada,

Mas ¡cuánta fe , cuán to placer la inspira
Su esperanza infundada !
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
Su dichosa ilusion tenaz conspira
De su amor á qué dude despechada!
¡Ay, desdichada Aurora ,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas !
¡Con cuánta fe tu corazon le adora !
Y así sin claro objeto
Y sin clara razon la pobre niña
Presa infeliz de su dolor secreto
Enamorada llora ,
Y del limpido arroyo en la ladera
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa ;
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda tortuosa
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla
Que no es ilusion ahora
De su ardiente fantasia
Sino realidad odiosa.
Es el mismo peregrino
Que ha vivido en su memoria
Dos largos años , imágen
De un sueño amedrentadora.
El es , con su blanca barba ,
Su paso y faz majestuosa ,
Su indefinible sonrisa ,
Su mirada escrutadora ,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
El es , sí : y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.
Don Felix rico y dichoso

Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa ;
Herederó del condado
Que muerto su padre goza ,
Querido del rey de Francia ,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente ,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.
Todo esto en su mente bulle ,
Todo esto el alma la acosa ,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella... necia sin ventura

Que de firmeza blasona
Conserva de quien la olvida
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba
Cuando á sus oídos próxima
Oyó una voz que decia
«Dios sea contigo, Aurora.»
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha , y su congoja
Respetando el peregrino
Tras larga pausa así hablóla:
—¿Aun vives, niña, y aun amas?
¿Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¡Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Con que es verdad que á don Felix
Protege fortuna pródiga ,
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?
¿Con que es verdad y no sueño
Que há dos años vuestra boca
En esta misma ladera
Me dijo que amaba á otra?
¡Ah! quien quiera que seais
Hombre, ó vision ilusoria
Que desde Francia venís
No mas que á apagar la antorcha
De mi esperanza, volveos ,

Tornar á esa Francia odiosa
De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas.
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas ,
Dos años há que os conozco
Y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO.

¿Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra
Si Felix no vuelve.

EL PEREGRINO

Nunca.

AURORA.

¿Con que es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¡Fortunado de él!

EL PEREGRINO.

Sin duda

Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¡Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
Quien por sus venturas llora!

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ay Dios! me devora,
Si, mas yo solo á quien amo
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¡Mas si él te ultraja!.....

AURORA.

En amarle

Yo pago una deuda propia;
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor zelosa.....?

AURORA.

No, si él es feliz con ella,
El no serlo yo ¿qué importa?
¿Por qué la ventura ajena
Querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
De sus lágrimas Aurora
Quedó al parecer tranquila;
Mas ¡ay! calma mentirosa,
Porque dentro de su pecho
Fermenta devoradora
La llama de sus pesares,
Que ni extingue ni sofoca
La virtud que la consueta
Pero que su amor no doma.

Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa
Al fin el viejo extranjero
Dejó correr turbia sola
Por su tostada mejilla
De amargo llanto una gota.
Y Aurora tornando el rostro
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y extraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,

A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa.

—¿Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo es dar
En necesidad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Si, siempre verle quisiera,
Mas sin que él verme pudiera,
Que fuera aguar su placer.

Si, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara,
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle noche y dia,
Poder cual ángel de Dios
Ser continuo entre ellos dos,
Espiritu de armonía.

Inspirarle siempre fe,
Siempre amor, siempre ventura
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.
Mas esto, buen peregrino,
Ya veis que es delirio necio!.....
La voluntad os aprecio,
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

No hay cosa que alguien no pueda:
Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente

Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta
Enterrado en su poltrona
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas ; su Aurora.
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡ Ay padre infeliz! bien haces
En llorarla : llora, llora,
Que no has de volver á verla
Porque el amor te la roba.
En vano al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus jentes lo que ignoran.
En vano sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano sus piés besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.
En vano le dices : — « Conde
Mira que es mi única joya.

Y aun vive tu hijo.....! Levántate
Entre el seductor y Aurora!»
La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano ;
Vé, ya en el Oriente asoma
La Aurora del nuevo dia
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan , buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida ,
Llora, desdichado , llora.

VIII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado
Un enorme castillo se levanta ;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta ;
Que es por demás su fábrica opulenta.
Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan ;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.
Por cima de los árboles copudos,
Afronta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vigias se levanta ufana
Ceñida de exquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.